

Los Fundamentos Sociológicos de la Economía Política

*Por Djacir MENEZES, Prof. de la
Universidad del Brasil. Trad. del
portugués por el Lic. Carlos H.
Alba.*

I

ES interesante notar cómo los economistas estuvieron engañados tanto tiempo sobre la idea de *riqueza* y sobre la manera de “conceptuarla”; en otras palabras, sobre el objeto de la Economía Política. Aún hoy subsiste, en el espíritu de muchos profesores, la ilusión o el error. Se han gastado ríos de tinta sobre el problema del *valor*, se definió la riqueza como “conjunto de valores” y se buscó en vano, en las cosas materiales que los hombres se apropiaban, las propiedades desconocidas que las hacían valer.

También en las investigaciones nebulosamente metafísicas las necesidades humanas eran mencionadas para servir de base a las argumentaciones. El hombre necesitaba *comer, vestirse, vivir*, en una palabra.

Pero siempre que era posible, se olvidaban esas condiciones orgánicas y fisiológicas y se pasaba a averiguar las cosas buscando descubrir en ellas el *quid* misterioso que originaba el valor, la riqueza, esas fuerzas que esclavizaban a los hombres, que originaban guerras, rivalidades, conflictos, sangre, miseria . . . Desilusionados muchos fueron al propio hombre: lo vieron malo, instintivamente codicioso, detentador, y adoptaron soluciones morales: Refórmese al hombre y reinará en la tierra el secreto de Abraham. Otros señalaron a la sociedad como fuente del mal.

Pero volvamos al objeto de la Economía Política. Esta debía tratar de las cosas materiales que algunos hombres acumulaban y de las que

otros se privaban. Esas cosas eran "utilidades", pero no siempre directamente utilizables para satisfacción de las necesidades. A veces eran *inutilidades* de alto valor. ¡Qué inutilidad la del oro frente a un plato de frijoles para el hambriento! Los tesoros de Salomón, en la novela de Eça de Queiroz, serían cambiados por un buen almuerzo, por los prisioneros, allá en las cavernas de los Kogulas. ¡El oro! el *auri sacra fames* es simbólico. Aún hoy el metal, cantado en todas formas por la literatura mundial, constituye un problema. En el fuerte Knox, Estado de Kentucky, U. S. A., hay el 70% del oro universal; está en barras, inmóvil, en los subterráneos, en cuartos blindados de acero, en el fondo de la tierra.

¿Será que la Economía viene a estudiar esa riqueza? ¿Y otras riquezas?

Las cosas materiales que integran la riqueza, como objetos físicos, interesan a otras ciencias: a la química, a la botánica o a la física, a las ciencias naturales... El error o la ilusión constituyó, hasta aquí, en buscar el *valor*, que es relación social en las propiedades físicas. Buscar una relación humana en las cosas como cosas, en las relaciones objetivas, exceptuando el lado humano —o sólo subentendiéndolo confusamente— en la vaga mención de las necesidades, para olvidar y continuar en el *misterio*.

¿Conoce el lector la historia del médico de Molière que explicaba la acción del opio al provocar el sueño, como una acción dormitiva? El problema era: ¿por qué adormece? Y la respuesta: porque tiene una *acción dormitiva*.

*¿quare opium facit dormire?
quia habet virtutem dormitivam.*

Para enfocar más el tema, examinemos algunas definiciones de Economía Política dadas por los clásicos. Ellas demuestran lo que venimos diciendo.

"La prueba final de validez de una definición, dice Lionel Robbins, no es, sin embargo, su aparente economía con ciertos usos del lenguaje diario, sino su capacidad para describir exactamente el verdadero objeto de las principales generalizaciones de esta Ciencia".¹

1 Lionel Robbins, *Significación y Naturaleza de la Ciencia Económica*, Fondo de Cultura Económica, México.

Se justifica, de este modo, la relativa discordancia que ofrece, en cualquiera disciplina, el vocabulario científico con el vocabulario común, la necesidad de precisión, de rigor, lógicamente indispensable al pensamiento científico, determina esa pequeña —o grande— “desigualdad” entre los *dos* lenguajes.

No se confunden, pues, los términos *utilidad, rareza, necesidad, riqueza, placer, pena, inutilidad, marginalidad, avaricia, despilfarro, rendimiento, inversión, retiro de la inversión*, con su empleo en el lenguaje ordinario.

Hechas estas objeciones pasamos al examen de algunas definiciones.

Quesnay atribuirá a la Economía “todo el vasto campo de las relaciones sociales de la humanidad, en todas sus partes, físicas y morales”. *Omnia scibilia*. La creencia en un orden natural, fundamento de la fisiocracia, era compatible con las bases agrícolas del siglo XVIII; el problema del *valor del trueque* que en el industrialismo iba a colocar en primer plano, no fué discutido. La preocupación era de circulación “entre hombre y naturaleza, no entre hombre y hombre.” Mirabeau padre llegó a llamar al *tableau Economique* de Quesnay, donde se declinaba aquel proceso de creación de la riqueza, un descubrimiento comparable a la invención de la escritura y del dinero, para el futuro humano.

Ese cuadro social con limitación de los mercados, con privilegios feudales en descomposición, con nobleza latifundista, sería roto por la producción industrial, con los *homines novi* que convertirían los métodos del capitalismo comercial en los del capitalismo industrial.

Creábanse las nuevas bases sociales que requerían nuevos *teóricos*.

Es el tiempo de los pre-clásicos.

Ver Petty, con su *Political Arithmetick*, 1672, publicada en 1790, anticipándose a Ricardo con su “teoría de renta diferencial.”

Ver Duddley North, el primero que tuvo una idea clara del capital, al que llama *stock*: el *stock in trade*, que era prestado por los que no sabían comerciar, equivaliendo al alquiler de la tierra, percibiendo la *renta* del dinero, iguales a los Stocklordes.

Ver Richard Cantillon, con su *Essai général sur la Nature de Commerce* (1775), la exposición más sistemática anterior a *Wealth of Nations*, de Smith.

Ver James Stewart, con sus *An Inquiry into Principles of Political Economy*, en 1767, el primero que emplea la expresión *economía política*;

es inferior a Cantillon, con descripción muy lógica del desenvolvimiento del capitalismo, reaccionario, pero ya defendiendo el *laissez-faire*.

Hasta entonces, la "Economía", es en general el "arte de regular la ocupación de una familia u otro grupo de seres humanos, proveyendo a las necesidades con prudencia y frugalidad," y la Economía Política, "el mismo arte en sus aplicaciones al grupo de seres humanos que forman la sociedad o el Estado".²

* * *

Smith conserva esa característica: "La Economía Política tiene dos objetos distintos: 1º proveer un rendimiento pleno o subsistencia al pueblo, o más propiamente, lo capacita para proveerse un rendimiento, y 2º proveer al Estado de rendimientos suficientes para los servicios públicos. Se propone enriquecer a ambos: el pueblo es el soberano."

A pesar de la concepción enunciada en su definición, Smith se libera de su estrechez: estudia en los dos primeros libros las causas del enriquecimiento, los efectos de la acumulación del capital, sus diferentes formas, y la base de ese análisis es el proceso "natural" de distribución y trueque de las riquezas. En el libro IV nos demuestra cómo los soberanos y los estadistas no deben intervenir en la reglamentación de la producción de la riqueza, como si fuese industria privada de ellos, sino permitir libremente la iniciativa privada: el *laissez-faire* que iniciara la nueva época y sería su *leit motif*.

Téngase en cuenta que, en aquel instante, era un avance formidable en vista de la coacción legislativa, de un patrio poder monárquico dirigiendo la fortuna pública por los criterios que privaban. No tendrá esa ideología el mismo sentido dentro del capitalismo de monopolios, como se hizo creer después.

Smith liberaba los estudios económicos de las concepciones de meros subsidios para el "arte de gobernar". Del simple método de aumentar los capitales de los soberanos, pasaba a ser una ciencia de la sociedad humana. No era un formulario de reglas, sugerencias y consejos a los gobernantes para la cobranza de impuestos y la administración de rentas.

De la gran obra de Smith salieron corrientes diferentes.

2 Hollander, Jacob Viner y otros: *Adam Smith* (Symposium).

El libro sistematizador de Juan Bautista Say —*Traité d'Economie Politique* (1803)— la define como ciencia que trata de la riqueza, de su producción, distribución y consumo.

Ricardo toca en el punto esencial —la determinación de las leyes que regulan la distribución de la riqueza— los productos del trabajo, de la tierra y del capital.

Destacando o realizando diversos aspectos, la Economía clásica no deja de tener en cuenta la producción social y su estructura históricamente definida, haciendo de ella el punto de partida de su análisis.

Sus sucesores continúan realizando otros aspectos: el problema de los trueques, fenómeno fundamental, se erige, para algunos, en núcleo del estudio. La definen: “ciencia de los trueques”, “ciencia de los precios”, “ciencia de las cantidades permutables”.³

Desde Cournot, el desenvolvimiento deductivo permite, con las matemáticas, la luminosa sistematización walsraciana, concluída, en lo que se refiere a las ecuaciones generales del equilibrio económico, por Wilfredo Pareto.

Aún en esa dirección deductiva, las corrientes psicológicas dieron gran contribución.

II

Del pensamiento sistematizado de Adam Smith resaltan, de modo general dos grandes direcciones ideológicas, dentro de cada una de las cuales es posible encontrar subgrupos: la orientación *histórica* y la orientación *psicológica*.

Dentro de la orientación que pretende fundamentar el estudio económico en la investigación histórica, hay dos corrientes que no se concilian entre sí.

Schmoller y los antecesores de la llamada escuela histórica alemana, centralizaron su atención en la “clasificación” de las formas económicas: economía de *oikos* economía urbana, economía nacional, que Bücher ya había esquematizado.

Dejemos a un lado a los representantes más antiguos de la escuela, como Adam Müller y Federico Gentz, Knies y Hildebrand, Schmoller asentó algunos principios fundamentales, uno de ellos es el de la organicidad de la vida económica en reacción contra el “atomismo”, que acu-

3 Djacir Menezes, *Economía Política*, Livraria do Globo, Porto-Alegre, 1934.

saban existir en la escuela clásica. Reconocían existir en el comportamiento humano estímulos diferentes de los que apuntaban Smith y Ricardo. Repelieron el “mecanicismo” aceptando a la sociedad económica históricamente desenvuelta como totalidad de relaciones, y todo eso trascendía a nueva suma de las actividades individuales.

Descendiendo en línea recta de Smith y Ricardo, y utilizando los conceptos básicos de la economía clásica, Marx acentuó una dirección que se vuelve esencialmente crítica, como la iniciara Malthus.

Su método es histórico por excelencia. Nos demuestra el objeto de la Economía, no en la *riqueza*, sino en las relaciones humanas nacidas en la actividad de los individuos creando la riqueza.

Esas “relaciones” representan, de hecho, un largo proceso de formación, donde descubre contradicciones inmanentes que explican la auto-dinámica de ese desenvolvimiento. Los hombres crean entre sí “lazos sociales” de trabajo, en la acción unida que los congrega, o mejor dicho, los *asocia*. El “lazo” humano por excelencia estaría en el *trabajo*.

Esas relaciones entre los individuos, coordinándolos, subordinándolos, se hacen a través de las cosas, en la creación de cosas nuevas: son “relaciones sociales entre cosas y relaciones materiales entre hombres”. Marx, pues, tenía objetivos políticos, y todo su pensamiento gravitaba hacia el plano político.

En su mano la Economía se vuelve una tremenda piqueta de demolición y construcción. Esa Economía herética de la que él sería el *pontifex maximus*, haría su primer brote con Malthus, quien rehusó ciertas afirmaciones de Ricardo. Y es interesante verificar cómo Marx no toleró a Malthus; furibundo llegó a llamarlo *plagiario sinvergüenza*, en una colérica notita, en el primer volumen de *Das Kapital*.⁴

* * *

Pasemos a la dirección psicológica.

No hay duda de que el clasicismo prestó primordial atención a la producción, a la oferta, al costo.

En las obras de Jevons, de Meuger y Walras, se comienza a percibir, con el progreso de los métodos deductivos y la mayor aplicación de las matemáticas, una evolución que gradualmente nos aparta de la historia. Los conceptos fundamentales empiezan a ser revisados a la luz de la

4 Karl Marx, *Das Kapital*, Vol. I, ed. Kautsky, 1928.

demanda, del consumo, de principios de *utilidad*, para explicar, psicológicamente, el comportamiento del consumidor. Se altera la perspectiva porque se pasa a ver la actividad económica desde *otro* punto de vista. Ya no estamos en el tiempo en que el comerciante engendraba al industrial, y Smith formaba la carta de ciudadanía del comerciante.

El esquematismo psicológico entra en escena: el *homo aeconomicus*, ese Robinson Crusoe de las ecuaciones de capacidad de oferta tiene sus mandamientos en las “leyes” de Gossen. Los trueques expresan relaciones lógico-psicológicas que denotan el elevado grado de la teorización económica.

Para ellos el problema inicial, contemplando la complejidad de la vida económica, era el de los fenómenos que salían a la superficie social, visibles en los mercados: los precios, la oferta y la demanda, el mecanismo del ajuste. Ahí están, para ellos, los *dramatis personæ* del teatro económico. Tal problema se vuelve, inevitablemente, un eje de la Ciencia Económica.

Los clásicos, pues, como hace notar Roll, comenzaron a insistir sobre esos problemas, aún en la madrugada del capitalismo industrial. Y suministraron cuestiones iniciales de construcción del sistema que les imprimía en el espíritu una visión, a veces más profunda, de los móviles del “sistema”, y marchaban sin sentir para estudiarlas dentro de la estructura histórica. No comenzaba el análisis por los fenómenos del *trueque* sino con los de la *producción*.

Se les anteponía, así el examen de las propias fuerzas subterráneas que hacían surgir a la superficie de los mercados, los fenómenos señalados.

La teoría clásica podía ver las clases interesadas históricamente en el proceso productivo. Las teorías psicológicas atomizando el mundo económico en *homines aeconomici*, perdieron la base histórica y la intuición concreta de los problemas. La Economía, sancionando como perfección última la sociedad de trueques, donde se obtiene la capacidad de oferta máxima de los factores de producción redundaba en la suprema apolo-gética del liberalismo económico.

Se volvía tan abstracta como una *geometría social*.

Ignorando el desenvolvimiento histórico de la propia sociedad, creaba un objeto de estudio abstracto que no le imponía tareas mañosas, las cuales podrían obligar a *ver* el medio social y sus luchas.

El economista estaba, así, dispensado de considerar el “orden” social. Su reino no era de este mundo.

Esa base teórica fué constituida a partir de mediados del siglo XVIII, cuando Gossen se propuso analizar las “leyes” del comercio humano —*Entwicklung der Gesetz des Menschlichen Verkehrs und der daraus fließenden Regeln für menschliches Handeln* (1854).

Le siguen los tres teóricos de “teorización pura”, Jevons, Walras y Menger. La forma “atomista” de abordar el problema se resume en ver los dos polos de actividad económica: Las “necesidades” y los “medios” de atenderlas. La escasez de los medios —*rareza*— frente a las necesidades determina el valor de los bienes económicos. Cada acto concreto de satisfacción, dada la diversa intensidad de los deseos —expresión psicológica de las necesidades— lleva a la escalonación valorativo de los bienes, formándose en el espíritu abstracto de ese abstracto *homo æconomicus* una “gradación” una orden valorativa de preferencias.

Esta “psicología económica” es una base indispensable a sus generalizaciones para explicación de los precios en el mercado, no se efectúan los trueques por las utilidades totales que las cosas ofrecen, sino según los grados finales de utilidad, (Jevons) o según la “utilidad marginal” —*límite, dosis límites*— que presentan. “Siempre que A valoriza más una unidad del bien X y B, una unidad de Y, será posible el trueque”, resume Menger. El equilibrio se hará cuando los valores subjetivos que las dosis respectivas ofrecen, comiencen a igualarse.

* * *

De este análisis se deriva una conclusión que nos parece de gran importancia: el abandono del punto de vista causal —genético del valor, que preocupara a los clásicos. ¿Qué *produce* el valor? ¿*Por qué* las cosas tienen valor? ¿Cómo *medir* ese valor?

En torno a estas preguntas, Marx, continuando la tradición ricardiana, ocupa numerosas páginas del primer volumen del *Capital*. Busca las fuerzas creadoras de las utilidades en una investigación histórica encarnizada. Prosigue el método de la Economía clásica, extendiendo durante algún tiempo, una ramificación heterodoxa.

Con los análisis marginalistas —Bokm-Bawerk y los “austriacos” J. M. Clark, Marshall— la teoría “se formaliza”: se buscan interdependencias funcionales, abstractas matematizables, diluyéndose la base histórica de la investigación clásica: no se observan los fenómenos dentro de los cuadros

de la producción de una sociedad determinada en determinada fase de su evolución histórica. En otras palabras, formulan una teoría del valor que no depende de cualquier orden social específico: válida *ergo omnes* y para todos los tiempos y sociedades.

Parecerá que es una imparcialidad altamente científica. Diríase que no hay una física aristocrática o una química proletaria. En todo caso, la física tiene que afirmar algunas de sus proposiciones luchando con embrazos y anatemas. Aún hoy la biología sufre restricciones de prejuicios sociales. ¿Qué no decir de las ciencias que tienen por objeto los propios intereses sociales? La objetividad en los asuntos sociales continúa condicionada por el instante histórico. Crecerá porque las fuerzas históricas lo permitirán. Calverton llamó a esos componentes coercitivos de “compulsas culturales”. Basta recordar cómo el análisis de la “familia” continúa siendo *difícil* a los sociólogos. La tesis de la monogamia sustentada por Westermarck es un asunto delicado — las maldiciones llueven. Bertrand Russell fué expulsado de una universidad americana; el Estado de Tennessee apostrofó a un profesor que se atrevió a defender a Darwin hace dos décadas . . .⁵

Pero volvamos a nuestra cuestión.

Aquella “teoría” que prescinde, en sus proposiciones universalmente válidas, de cualquier orden social determinado ¿no tiene el sello de las teorías científicas?

Aparentando desdén a la objetividad, ella corresponde también a una abstención, a un alejamiento de los problemas cruciales de la hora en que vivimos. Esos “teoristas puros” son en la ciencia, lo que los “artistas puros” son en la Estética: invocan el “arte por el arte” porque proceden como el avestruz: esconden la cabeza, dejan de ver el peligro y concluyen, idealistamente, que el peligro ha desaparecido.

Hay, sin duda, un cierto descanso de espíritu. Nos aparta del llano trepidante de la política, pero nos deja en la abstracción y en la indiferencia concreta de las cosas humanas.

Aún hay que anotar otro factor más importante.

Las teorías que se resumen en las corrientes psicológicas en general tomando el juego de la oferta y la demanda y los precios como fenómenos centrales de las investigaciones económicas, llegan a las conclusiones que, implícitamente, afirman la solidez de la sociedad basada en los cambios. Son la quintaesencia del liberalismo, del régimen concurrencial que pre-

5 Bertrand Russell, *Let the People Think*.

supone ser el único que nos podría dar el mejor rendimiento económico del sistema económico. La capacidad de oferta máxima de los factores de producción sólo podría ser alcanzado en ese *steaple chase* de la rivalidad. Cualquiera interferencia sería perturbación. La piedra angular: la iniciativa privada. Leyes naturales regularían esas rivalidades y los órganos de control, los medios conscientes para regular esas fuerzas en etapa superior de producción social, todo eso serían meras tentativas regresivas de un neo-mercantilismo que llevaría al fascismo.

Eso significaría que los mecanismos automáticos de regulación económica jamás podrían desaparecer. Que el sistema económico perfecto y eterno, sería el de la rivalidad capitalista. Que la humanidad podría perfeccionar sus bases; modificarlas, superarlas, nunca. Y comprendemos por qué esa apologética se constituyó en Economía Política oficial durante esas últimas décadas.

* * *

La Ciencia económica fué una apologética del Orden; pero no más. Actualmente tiende más hacia el punto de vista crítico con las heterodoxias que vienen de todas partes.

Cuando tres economistas modernos se encuentran, hay cuatro opiniones, decía alguien. La cuarta es la de Keynes.

Pues nos basta recordar el nombre de ese gran economista para corroborar lo que afirmamos.

El se afilia a la tradición herética que tiene ancestros en Malthus, en Douglas, en Silvio Gessell. Keynes comprendió los defectos y las lagunas de una conciencia económica que abandonaba, en muchos pasos, el papel de justificadora de la situación creada por el capitalismo, buscando las causas promotoras de las irregularidades, generadoras de la miseria para corregirlas, o mejor, para dar los medios a la política a fin de corregirlas.

Guardémonos de condenar *in limine* todos los progresos realizados por el marginalismo en la elaboración de los instrumentos conceptuales exigidos por el moderno análisis económico. Esos instrumentos sutiles son imprescindibles para la comprensión de la economía moderna. Permiten plantear con más agudeza los problemas, grosera o toscamente ecuacionados por el clasicismo ricardiano, o de Mill, o de Marx. Pero lo que defendemos aquí es la vinculación de esos esquemas interpretativos a las realidades sociales, cuyo mecanismo se trata de comprender en su intimidad.

Sus procesos son históricos, y sin esa base concreta no es posible interpretarlos.

“La tarea del economista, dice Robbins, es interpretar la realidad.” La tabla mengeriana de los valores, la escala de preferencias no se vuelve, vista por ese ángulo, una geometría abstracta —desde que no le proveen medios de acción y comprensión profundizada del sistema capitalista en este período de su desenvolvimiento.

Conviene distinguir aquellas estructuras “psicológicas” para explicar los fenómenos económicos de orden lógico del antiguo hedonismo psicológico que llevaría a la economía a ser mero capítulo de la *psicología*. Lo que se procura articular en aquellos “esquematismos” son conexiones entre incentivos graduales y acciones humanas, permitiendo expresar relaciones aprensibles en la realidad social.

Se distingue la valoración como acto psíquico, en cierto momento, y su concepto valorativo, como se distingue el acto psicológico en que se “piensa” la entidad “triángulo” y el concepto “triángulo”. El acto concreto interesaría a la psicología, pero los conceptos a la lógica.

Si tales bases pertenecen a nuestra experiencia interna, son *subjetivas*, lo que no impide que se revelen por su contenido objetivo, por su fidelidad en el traducir mejor las relaciones estudiadas, y es en ese acto que está el *placet* definitivo de aquellas generalizaciones. Es, por tanto, de la explicación originaria del contacto con hechos externos de donde tomamos los “datos” necesarios para la elaboración del lenguaje “psicológico”, a pesar de parecer contrario de Robbins.

* * *

En 1941, en una conferencia de hombres de ciencia mundialmente famosos, reunidos en Londres, se debatió un punto de soberana importancia para todas las naciones: las relaciones entre la Ciencia y los intereses sociales.

Si los descubrimientos y progresos técnicos de las ciencias físico-naturales constituyen hoy una fuerza tan grande que modifica las estructuras y organización de la vida asociativa, las ciencias del hombre y de sus relaciones están, más que las disciplinas anteriores, en gravísimo peligro. Porque pone en relieve la necesidad de investigar la verdad contra la conspiración de los propios intereses heredados de las épocas anteriores, surgiendo para los científicos arriesgadas responsabilidades: la de no ceder las “compulsas culturales”, la coacción nacida de los prejuicios, de los

formalismos, mantenidos sólo por las minorías beneficiarias en ellas atrincherados.

La organización de las funciones de la ciencia en un Estado moderno industrializado como vió el Prof. J. D. Bernal, es de esos problemas que reclaman inmediata solución. No se podrá organizar la vida asociativa humana en esa nueva fase de la civilización, por los mismos moldes, padrones y sistemas en descomposición, constituídos en una época pre-científica. La transformación de la burocracia tradicional se realiza ahora en función de necesidades colectivas, como lo probaron los años interbélicos y los de la guerra que acaba de terminar.⁶

La ciencia es la grave ciencia que asoma poderosamente en escena, no puede y no debe quedar controlada por grupos económicos que, absorbiendo poder político, no quedan al servicio de los legítimos intereses de la nación y del pueblo. *Ciencia y bien común* no pueden divorciarse. El gran bien para todos debe ser la propia vida humana, cuya defensa, seguridad y expansión es la meta más alta de todas las políticas.

6 Harold Laski, *Fe, Razón y Civilización*.